

# Conversaciones taurinas

Por ENRIQUE GUARNER

En vista de los acontecimientos de los últimos domingos, en los cuales se han suscitado todo tipo de broncas por la falta de seriedad en el ganado que se lidia en la Plaza México, decidí, junto con mi amigo don Ralph Fechoorías, trasladarme a los corrales del coso, para entrevistar a uno de los bureles de Piedras Negras que fue rechazado por las autoridades.

Para llegar a él penetré por un largo pasillo, y en la entrada de chiqueros tuve que entablar una larga discusión con un cabestro que servía como portero. La razón para el argumento fue que yo criticaba a los astados, lo que no es del agrado de la empresa. Finalmente, se me permitió llegar hasta donde se hallaban los Piedras Negras, que departían amigablemente en compañía de algunos bueyes. Me puse en contacto con el bovino de mayor alzada, quien rumiando me dijo:

-He leído todas sus crónicas y tengo que manifestarle que no me han gustado en lo más mínimo. Eso de asegurar que en la Temporada de Oro casi nunca sale el toro ha provocado una reacción adversa entre nosotros. No se da usted cuenta de que ahora se nos rechaza y hemos dejado de combatir en la plaza más grande del mundo.

En seguida le contesté que la razón de mi crítica se derivaba de que ellos no tenían la edad reglamentaria, y que al contrario de lo que pensaba, yo estaba de su parte, otorgándole un año más de vida. Con mi explicación, el piedrenegrino se mostró bastante satisfecho y en seguida me explicó:

-Mire, doctor, lo que sucede es que cuando nuestros padres se casan, es decir, se lleva al semental a la madre vaca para efectuar el proceso reproductivo, el ganadero da por hecho que hemos nacido, y en realidad tienen que transcurrir 280 días para que esto ocurra. Todos esos meses nos encontramos en el vientre materno, y esa etapa queda falsificada en las declaraciones y en el libro de la dehesa. Es más, si nuestra vaca resulta primeriza, podemos venir al mundo 15 o 20 días después, y de cualquier manera el criador anota que ya existimos.

"Tengo que agregar que a lo largo de la preñez no se cuida demasiado a mamá y que cuando nacemos se nos amamanta por proporcionándonos la leche con cuentagotas, pasando como becerros épocas de hambre, lo cual determina que no desarrollemos el trapío que tienen los toros españoles. Además, nuestro destete se verifica muy temprano, y es por ello que perdí mis primeros dientes a los seis meses, y los primeros que los sustituyeron estaban picados: Mi alimentación con alfalfa y grano tampoco fue buena. ¡Que diferencia de los hispanos, que comen fabada y paella! Cuando se me tentó, huí hasta de mi sombra, pero los González me aprobaron diciendo que reunía todos los requisitos

y me mandaron a los potreros. De repente cumplí los tres años y dos meses, y aunque apenas tengo cuernos para defenderme me han traído aquí, donde me rechazaron. Esto no es justo porque el domingo anterior, mi hermano, de nombre 'Reportero', que tampoco poseía pitones, se lidió, y Gilio le cortó una oreja".

A todo esto, Fechoorías se muestra interesado en la vida sexual del piedrenegrino y le pregunta sobre el número de vaquillas con las que haya copulado, y el astado le responde:

-Soy virgen y nunca me dejaron que me acercara a las hembras, porque ellas estaban detrás de un muro de piedra.

Como relámpago encendido, don Ralph lo interrumpió:

-Pues debía usted de haberla derribado para abalanzarse hacia las vaquillas. Ahora me explicó su mansedumbre y los pocos triunfos obtenidos por los toreros mexicanos. Yo hubiera saltado hasta el Muro de Berlín para invadir a las hembras, porque demostrar que uno es macho es lo más importante de la vida.

Con la última intervención y viendo que el escuálido bovino nunca hubiera podido derribar barda alguna, decidí mejor trasladarme a mi lugar en el tendido 25 para presenciar la octava corrida de la celebrada Temporada de Antimonio, con la absoluta seguridad de que en lugar de los rechazados astados de Piedras Negras saldrían por toriles seis señores toros de Cerro Viejo. Sin embargo, cuál sería mi sorpresa que aparecieron para sustituirlos seis roedores con pobrisimas cabezas, diminutos testuces y cuartos traseros sin mayor desarrollo, por lo que me di cuenta de que tanto los Franco como los González consideran a los bureles nacidos desde que son impregnadas las vacas.

Tampoco pude consolarme al ver a esa especie de payaso llamado "El Glicerina", dedicado con un trapo rojo a limpiarles los lomos a los ratones. Además, este torero (?) se viste con un capote de paseo como si fuera a una fiesta de disfraces y hace grotescos ademanes de mal gusto que ni siquiera provocan risa, convirtiendo a la plaza más grande del mundo en un inclasificable manicomio.

Por otra parte, "El Cordobés", que consiguió pases dentro de los cánones en el primero y hasta ejecutó un gran volapié, contagiado con las locuras de su antecesor se puso a saltar en cuchillas, como si fuera un saltamontes, en el cuarto, y después de haberlo matado debió inmediatamente entrar en tratamiento con el célebre doctor veterinario don Rafael Herrerías, digno conocedor de cualquier tipo de insectos.

A las siete de la noche salí del coso pensando que tenía razón Maurice Barrés cuando dijo:

"Las corridas de toros son una trivialidad de los pueblos hispanos, como las góndolas lo son de los venecianos".